

Contestación al discurso de Don Daniel Aguilera, con motivo de su ingreso en la Real Academia cordobesa, por Don José M.^a Rey Díaz.

A vos me dirijo, DON DANIEL AGUILERA: y, no sé si comenzar llamándoos «*Señor Académico*», en frase que sea, como anticipo del tratamiento que corresponde a la investidura honrosa que, dentro de poco —cuando la simbólica medalla tintinée sobre vuestro pecho y tomeis un asiento numerado entre nosotros—, vais a recibir; o si iniciar mi salutación invocándoos: «*Señor periodista*», para dar a entender que tal dignidad y título tal, —que conquistásteis en buena hora—, os acompaña aquí, os sirvió de credencial para llamar un día a nuestra puerta, y permacerá prestigiosamente unido a vuestro nombre, no sólo por el tiempo que os reste de vida, sino también después de la muerte; que, las palabras *periodista* y *católico*, como una limpia ejecutoria, ganada por vos a lo largo de una existencia, honrada y activa como pocas, habrán de ser un día, lejano por fortuna—, el escudo cincelado, que signe la piedra de vuestro sepulcro.

Os saludo pues, al llegar a estos umbrales llamándoos *Señor periodista-académico*, para significar que de lo uno y de lo otro, —aunque, ahora, en forzosa vacación de lo primero—, participa la respetuosa conceptualización pública que merecéis, y el renombre de que gozais entre la gente de pluma de media España.

¡Bienvenido seais, *Señor periodista-académico*, a esta docta Corporación centenaria, que sintió, siempre, predilección por los luchadores que gastan sus energías mentales en la batalla, sin trégua ni descanso, del periodismo diario!

* * *

Yo os agradezco en el alma, Señores de la Academia, mis ilustres compañeros y Maestros, que me hayais proporcionado la ocasión, al traer vuestros poderes y vuestra voz a este solemne acto, de decir, muy claro, algo de lo que sé por mí, del periodista católico Daniel Aguilera, y de proclamar, ante este selecto auditorio, enaltecido por

la presencia de las Autoridades y por representantes de las más destacadas y principales Corporaciones y entidades oficiales de la ciudad, cuán complacida queda nuestra vieja Institución, al concederle un puesto en sus filas y al incorporarlo, de por vida, a sus tareas y trabajos en pró de la cultura cordobesa.

Debo mucho, personalmente, a nuestro nuevo compañero; y, si bien es verdad, que entre él y quien ahora, por su propio designio, le apadrina, hubo un día, lo que me atrevería a llamar «*interferencia*» o disminución recíproca de afecto (ocasión, que por notoria y pública y traída y llevada, fuera peor disimularia), también es cierto, que acaso esté allí, en lo pretérito, la satisfacción doblada que yo siento ahora, en el presente, al hacerle justicia en público, cuando él, circunstancialmente apartado del campo de combate, retirado a sus tiendas, quebrada su salud, puede reconocer mejor que entonces, el respeto que me inspira hace muchos años, y también la complacencia que experimento en proclamar, cómo, en mi mente, viven enlazados, —sin solución de continuidad—, el gratísimo recuerdo de mis primeros pasos de aprendiz de periodista, dados de la mano de DANIEL AGUILERA, en su diario «El Defensor de Córdoba», y las afables coincidencias de nuestro cordial y pacífico trato y amistad, en la última década.

* * *

Quedaría, Señores invitados, mi misión cumplida ahora, con seguir a Daniel Aguilera, en el mismo terreno que él, con tanto acierto, ha recorrido, en el discurso que acabais de oírle; con insistir sobre algunas ideas suyas, remachándolas, esclareciéndolas o documentándolas con hechos por mí observados o recogidos, para afianzar la solidez de sus razonamientos, la importancia y seguridad de las deducciones a que le ha conducido el asunto —para él vivido, pero no es necesario.— Quien dedicó las energías de la mejor etapa de su vida, a la Prensa católica, no podía dejarse nada en el tintero, al señalar los deberes que nos ligan a todos los católicos, con los periódicos al servicio de nuestra Religión, ni tampoco titubear, al poner el dedo en la llaga de las incomprensiones que se han padecido en este orden de cosas, en España y en Córdoba.—Mejor que glosar el contenido del discurso del nuevo Académico, que, tanto valiera como pintar sombras en las claridades de su persuasiva exposición de hechos, creo que mi papel, —el papel de la Academia— en este caso, mas bien está limitado a *justificar la designación* del popular

periodista, del noticiero incansable, del publicista fecundo y del cristiano poeta, para el puesto que, esta noche, hemos venido a conferirle.—Mi labor es, grata labor de ensalzar, lo hecho hasta aquí, en el campo de las Letras, por Daniel Aguilera, pluma que ha sabido mantenerse cuarenta años en comunicación cotidiana con gentes de diversas clases, porque en ello está la raíz, el germen y el fundamento de lo que la Academia espera de esa pluma, de aquí en adelante; descubrir, una vez más, sus merecimientos para con la ciudad, en la que ha sabido llenar una necesidad social, poniendo afanes incesantes y tenaces empeños, por la causa de Dios, al combatir desde la brecha de *su diario*.

Y no cedería a nadie esta misión, que las circunstancias me deparan, porque pocos podrán desempeñarla con la seguridad de quien ha seguido, en el andar del tiempo, las huellas del que hoy es recibido de Académico.

¿Os acordais, Señor Aguilera?...

Yo comencé a frecuentar la Redacción de «El Defensor», hace más de treinta años: hacia el de 1908 o el 1909; mas recuerdo muy bien, que conocía a su Director de antes, y admiraba, de más antiguo, su dinámica actividad reporteril... Fué una mañana, muy a primera hora, la víspera de San Lorenzo del año de 1904 (treinta y siete han quedado ya atrás), cuando habitábamos pared por medio, en dos viejas y humildes viviendas de la calle de Armas, y él me invitó a presenciar cómo se hacía un reportaje, en el que le brindaba un siniestro, un incendio voraz en la casa y en los graneros de un labrador rico del barrio de la Magdalena.—Entonces le admiré de cerca y, viéndole trabajar para su periódico, sentí, ¿porqué no decirlo? sentí primera vez, vocación por el oficio de buscador de noticias.

Seguimos tratándonos, y en 1911, me otorgó, como una merced, que yo todavía la estoy agradeciendo, el Título de Redactor de su Diario, poniéndome en la mano a mis veinte años de curioso enamorado de mi tierra y de sus cosas, una llave que me abría todas las puertas: el soñado carnet, la tarjeta de identidad, de periodista.

Y ya, desde tal ocasión, no hemos dejado de observarnos mutuamente.—Soy pues, testigo presencial, de *los trabajos y los días* de Daniel Aguilera, y creo que ninguna coyuntura aventajará en oportunidad a la presente, para proclamarlos, pues que ellos son cimiento del mérito que la Academia, docta y secular, ha encontrado en él, al elegirlo por su nuevo miembro numerario.

En España, los periodistas distinguidos, han tenido asiento de honor en las Academias Nacionales y, precisamente en las de la Lengua, en la Real Academia Española, que es su marco propio; correspondiendo ellos, casi siempre, a la honrosa señal de distinción, con la ofrenda de bellos e interesantes discursos de ingreso, enfilados al enaltecimiento de la Prensa diaria, a la que venían consagrando sus trabajos; u, otras veces, a la explicación, desde varios puntos de vista, de lo que el periodismo representa en la vida colectiva.—El nombre de nuestro Don Juan Valera, el ático egabrense, es un luminar encendido, que por igual alumbra en la Historia de la Prensa española y en la doctísima Institución que vela por la pureza del idioma vernáculo.

También, para no ser menos, esta Academia provinciana, pero prestigiosa y grave, que hoy abre su puerta mayor a Daniel Aguilera, ha sentido predilección por los periodistas.—En la nómina honrosa de sus miembros, numerarios y correspondientes, están escritas las firmas famosas, desde la del Duque-Poeta, Don Angel de Saavedra, desde las de Ramírez de las Casas Deza, D. Juan A. de la Corte y Ruano, Marqués de la Corte, hasta Ricardo de Montis, y D. Pascual Santacruz y Francisco Arévalo, pasando por las dos estirpes de los Ramírez de Arellano, y por los dos Maraver, y por Conde Luque, los hermanos Avilés Merino, Norberto González Auriolos, Grilo, Narciso Sentenach, Julio Burell, Cristóbal de Castro, Enrique Redel, el Padre Julio Aiarcón, D. Juan Ocaña, Guillermo Núñez de Prado y Marcos Rafael Bianco Belmonte, casi todos los escritores destacados, que ejercieron el periodismo, dentro o fuera de Córdoba, y que, de algún modo pertenecieron a la ciudad o a su comarca, hallaron como reconocimiento y recompensa, el aprecio y la estima de esta nuestra antiquísima asociación de cultura.

Ahora, es Aguilera el llamado a completar la lista; y por cierto, que con la, para mí, particular circunstancia, de que se le haya señalado la silla que dejaron vacía, primero, mi maestro venerado inolvidable, D. Manuel de Sandoval, espíritu sutilísimo de elegante poeta; y luego, quién a Sandoval sustituyó: D. José Priego López, hermano, para mí y para otros, más que amigo y compañero, encarnación de la laboriosidad y del buen gusto literario y de la hombría de bien, malogrado para la Academia y para Córdoba y para el Estado docente, porque la incomprensión y la envidia, trituraron su alma...; y el cuerpo, también pereció, en el martirio incruento!...

* * *

¿Quién es Daniel Aguilera?

Si no fuese costumbre, en estas ocasiones, hacer la síntesis biográfica del beneficiario, holgaría la respuesta.—Su vida es tan clara, como conocida de todos los que aquí estais y del resto de los cordobeses.

Hijo de la provincia, es la ilustre villa de Baena, su patria menor. Allí nació en el año de 1877.—Allí creció al cobijo de su abuela, que suplió la caricia de la madre, muerta a poco de él nacido.—De Baena a Madrid, a cursar el Bachillerato en el Instituto de Cisneros y pasados dos años y por los avatares del destino, de Madrid a Ronda y a Córdoba, con ánimo resuelto de seguir aquí la carrera eclesiástica, empezándola en aquel Seminario menor, al que —los cordobeses que rayamos ya en el medio siglo—, hemos oído llamar «El Colegio chico» y que estaba en la gran casa de la calle de Gondomar, luego Asilo de la Infancia.

Aún muy mozo (catorce años apenas) y ya en el Seminario Conciliar, se destaca el alumno entre los que visten la beca azul de San Pelagio, no solo por aplicado, sino porque compone escritos y esos escritos empiezan a rezumar el jugo sabroso que asimilan los que se forman en Letras, teniendo a mano las obras maestras de los clásicos griegos y latinos y sintiendo gusto ya, por su lectura.

En aquellas camaretas tranquilas de los sampelagianos, en aquellas aulas abovedadas, en aquellas crugías largas y anchas como caminos reales, en aquellos patios y jardines impregnados del recuerdo de heroicidades por la Fé, en aquel quieto remanso de la vida cordobesa de entonces, armonizado por el murmullo suave de las aguas del río, famoso en todos los tiempos, allí, se despertaron las aficiones poéticas en el seminarista, y sus afanes de vulgarizador que después habían de cristalizar en libros dados a la estampa y en Memorias presentadas a públicos certámenes.—También afloró allí, el futuro oficio de periodista, en un periodiquillo, —como si dijésemos: *de juguete*—, que él, redactaba y manuscibía, y que por dentro del Seminario circulaba de mano en mano.—Pero, sobre todo y esto fué lo importante: en esa época dorada de la vida de Daniel Aguilera en San Pelagio, fué cuando, bañado de vocación sacerdotal, quedó para siempre templado su espíritu, como el acero, bajo la sabia forja de un sacerdote santo: Torres Antiñolo, por *santo* tenido en la época de su breve tránsito por la vida, y a buen seguro que luego también, (piadosamente pensando), *de tejas arriba...*

Pero viene la guerra de 1896, y Aguilera, enfriada su vocación,

trueca el camino por donde se vá a ser consagrado para el servicio del Altar, por otro sacerdocio: el del servicio de la Patria.—Y embarca en Cádiz para cumplir sus deberes de soldado en San Juan de Puerto Rico primero y en Aibonito después, y allá, durante los acontecimientos que desembocan en nuestro desastre colonial, este jovencuelo, para entonces, tan amigo de Marte como de Minerva, sabe compaginar en las remotas tierras, sus ocupaciones en las Armas, con su gusto por las Letras; y con pareja devoción, atiende a sus deberes de la «32 Estación Optica» y a la tarea de escribir versos y prosas, robando horas al descanso, para acudir a leer lo que produce, a las tertulias literarias de los selectos.—Y esto, hasta Septiembre del 98, fechas en que pisa Aguilera el suelo Peninsular, en la Coruña, repatriado.

Otra vez al Seminario de Córdoba, aunque la voz de la sangre le empuja en ayuda de los suyos; y otra vez al estudio, y, también al ensayo de la futura profesión, porque el periodiquillo manuscrito, resucita con su vuelta...

Después,.... negada de arriba la gracia de la vocación para el sacerdocio; fuera ya de las aulas consiliares y entregado Aguilera, por cariño y por deber, a su familia, a sus hermanos que le necesitaban para que supliese la sombra del padre fenecido, un gran artículo, firmado con pseudónimo y publicado en el *Diario de Córdoba*, marcó el rumbo de este periodista en el año 1899 y le dió puesto de colaborador en dos periódicos más de la capital: en «El Español» y en «El Defensor».

Había nacido este diario cordobés, «El Defensor», con el mes de Septiembre de ese mismo año de 1899 y respondía a la necesidad de, un órgano, que —alma puesta en el ideal conservador— defendiese la postura de los silvelistas separados del partido que acaudilló en Córdoba el Conde de Torres Cabrera, (aquél inolvidable prócer, honra de nuestra Academia, cuyo sitio tengo yo la inmerecida fortuna de ocupar).—Pues bien: a los 11 meses cabales de aparecer «El Defensor», trabajaba ya Aguilera en la Redacción de este diario, entonces político.

Corto el aprendizaje.—Abreviado el camino desde la mesa de Redacción, al puesto de mando, enseguida fué nombrado Aguilera Director interino, sustituyendo a D. José Navarro Prieto, que enfermo, herido de muerte, abandonaba el timón de aquella publicación en sus manos.—Esto era en el mes de Abril de 1902, y no muy luego, la propiedad misma del «Defensor», también se le transfería.

Para entonces, nuestro compañero había ya dado a las prensas un libro de poesías: «Sin ritmo», publicado en 1900 y prologado por Enrique Redel; había obtenido premio en los Juegos Florales que en Córdoba se celebraron en 1902, por la monografía titulada «San Eulogio. - Su vida y sus obras», y guardaba encintadas en sendos cartapacios, con orgullo de legítima paternidad, seis o siete obras más, que han quedado sin salir a luz: «Ensayos poéticos», versos de juventud.-1898.—«La castidad de un Angel, (boceto de un poema en el que se canta un episodio de la vida de Santo Tomás de Aquino), compuesto en 1899.—«Cautiverio y martirio de San Pelagio», (Poema latino de la monja sajona Roswitha, traducido en verso de la edición de Nuremberg de 1601, obra de Aguilera en 1899; como otro trabajo sobre el mismo asunto, también en verso y casi literal la traducción. Un ensayo dramático en dos cuadros y en verso, titulado «Sin vocación», que había compuesto en el año de 1900, y, de la misma época, dos tomos de poesías religiosas; uno, bajo estos expresivos titulares: «Mirando al cielo», el otro, bautizado con este modesto nombre: «Ciento once sonetos».

Con tal bagaje anotado en su haber, traspuso, el hoy nuevo Académico, el umbral de la Dirección del «Defensor», al mediar Junio de 1902. Y, si me preguntáseis, cual era el marco de la Prensa de Córdoba, en que Daniel Aguilera iba a encerrarse, yo os haría gustosamente, un poco de historia de la vida local, en este curioso aspecto.—Probemos a hacerla.

El costumbrista, nuestro venerable compañero Ricardo de Montis, pintaría a maravilla estos cuadros de la prehistoria y de la protohistoria del periodismo cordobés, pero ya que no nos es dable escucharle a él, permitid que yo, torpemente, vaya recordando algo de lo mucho que Montis me contó con amplitud hace años...

Las fuentes de información de noticias de los sucesos acaecidos dentro de aquella capital, miniatura de la actual, de vida plácida y tranquila, con su quietismo enervador, su indolencia y su inacción, y sus costumbres pueblerinas, hubieron de ser, en un principio, las voces del pregonero pagado por el Concejo Municipal.—Pero no estaba en la boca de este oficial público, divulgador de lo ignorado, sino lo que convenía que llegase a noticia de todos; y las gentes apetecían algo más.—En las barberías y en los portalillos de zapatero y en los aguaduchos y en las tabernas, radicaban los núcleos de aglutinación de los aficionados a la parla, y allí era donde se acuñaba la noticia y se ponía en circulación, al amparo de su propio poder

difusivo. Eso, en cuanto a las ocurrencias del interior de la urbe, que, por lo que hace a medios informativos de lo que ocurriese en su exterior, era la llegada de las diligencias con viajeros de Madrid a Sevilla, o de Sevilla a Madrid, el momento solemne de averiguar, los movimientos políticos, como las hazañas de valentía de las partidas de bandoleros, como los triunfos de cualquier coloso de la torería vieja.

En ocasiones, uno de aquellos papeles impresos de sabor político o de tono satírico, llegado a la Casa de Postas en la alforja de cualquier viajero, rodaba luego por Córdoba de bolsillo en bolsillo, durante muchos días, suministrando temas variados que tenían el punto final de su trayectoria en la tertulia de mesa-estufa, en las largas veladas del invierno, o en las reuniones de puerta de calle, a la frescana, en las caliginosas noches estivales.—Y, de las sacristías y de los grupos que charlaran a sus puertas, salían invariablemente los anuncios o referencias de defunciones, bodas y bautizos; y de la Corredera, cada mañana, nacía y corría de boca en boca, con la lista viva de la cotización, en cuartos y ochavos, de víveres y provisiones, la noticia política encubierta, disimulada, pero pasional; y de la fuente pública, entre las mozas puestas en cola, —el cántaro al cuadril—, solía manar al tiempo que el agua clara, el comentario turbio y malévolo que llevaba enredada la fama de las mocitas del barrio; y desde el patio o desde las barandas de la casa de vecinos, el cuchicheo y la porfía o la quimera entre las comadres, que era unas veces crónica oficiosa de los sucesos del día anterior, y era otras veces preámbulo de la batalla entre las quisquillosas.... Mas, llegó un día, en que estos medios informativos y de difusión no bastaron a satisfacer la curiosidad de las gentes, los afanes de averiguar del vecindario, ávido de noticias; y con la necesidad, surgió el remedio: un periódico viviente, un zascandil apodado el *Tío Rayo*, que debía el remoquete a la extraordinaria ligereza de sus piés, a la rapidez en ir y venir en la persecución cuidadosa de la noticia impresionante.— El *Tío Rayo*, tomaba oficioso a su cargo la tarea de correr a la Iglesia donde doblaban a muerto para averiguar a quién le había llegado el trance de desposarse con la eternidad en primeras y únicas nupcias, y a qué hora iba a ser el entierro; o de volar hacia el punto en que se había declarado un incendio, guiado por las campanadas que señalaban el barrio, y de venir a decir en dónde, en qué calle y número y de qué importancia era el siniestro; o cómo se había cometido un crimen o un robo y qué circunstancias rodeaban el hecho....

y así el suicidio, y la desgracia y la crecida del río, y el escándalo y la reyerta, y el escarceo o la paliza de la vecina, celosa, a su vecina...

Corría el *Tío Rayo*, ufano de sus dotes de captador y de propagandista de malas nuevas, de taberna en taberna, y de barbería en barbería y no ciertamente con aquella ecuanimidad que el dicho popular reza: «como me lo contaron te lo cuento»... sino poniendo de su cosecha en la noticia, para buscar efectos, mucho de hipérbole y no poco de infundios, y... parándose en su camino para soplar la novedad que portaba al oído de cuantos conocidos encontrara al paso.—Claro es, que el *Tío Rayo*, ejercía este oficio «propter retributionem», por el estipendio, que casi siempre consistía, en un vaso de a ración, en una chicuela de aguardiente o en un pitillo mataquintos... Este fué el *hombre-periódico* de Córdoba, diario viviente, en el que Montis, que lo retrató mucho mejor que queda retratado ahora, vió el precursor del periódico hablado...

En la paralela de estos recursos de que el vecino se valía, para enterarse del suceso local, encontramos el periódico primitivo de Córdoba, por entero político, y, en un principio, nada noticiero.

Larga cadena de nombres o títulos, y circunstancias, pudiera eslabonar aquí, hasta enlazar «*El Correo de Córdoba*», que el trinitario calzado Fray Domingo Quirós, dió a la publicidad el 15 de Noviembre de 1801, y que fué el precursor en la ciudad, de la hoja impresa, con el número de «Azul» que salió esta mañana, para que en ese tracto de 140 años redondos, se destacasen, como dos casos de singular longevidad, el *Diario* de los García Lovera, y el *Defensor* de Daniel Aguilera, entre tantos otros periódicos, de vida lánguida, precaria o breve.—Pero no hace a mi plán, daros completo y exacto el catálogo de nuestra Prensa.—Me basta para jalonar este camino, un más rápido recorrido.—Baste saber ahora, que, tras del «*Correo de Córdoba*», que fué el más antiguo de todos, siguió «*El Correo Político y Militar*», que salió durante la dominación francesa, para autorizar órdenes y noticias controladas, y «*La Gaceta de Córdoba*», que apareció al final de 1812; y «*Las Efemérides*» de breve y transitoria duración; y «*El Amigo de los pobres*», un periódico liberal de 1820; y, en el trienio constitucional, «*El Eco Patriótico*», en el que destacan las firmas de Alcalá Galiano y de Don Angel de Saavedra —Y conviene anotar también, que cuando en 1833, se manda publicar un *Boletín Oficial de la Provincia*, que salió el 20 de Abril por primera salida, este diario —de tono administrativo, ¡claro es!—, ofrece la curiosidad de que se supla en sus columnas la

falta de original, con poesías y noticias históricas o científicas, aceptando la colaboración, a este fin, de Ramírez de las Casas Deza, entre otros.—Siguen en esta cronología, en que queremos engarzar el diario de Aguilera, «*El Album*», nacido en Septiembre del año de 1837, con novelas, poesías y otros escritos de amenidad, desenvueltos por Fulgencio Benítez Torres; y «*El Cordobés*», que fundado en 1841, por el Jefe político Don Angel Iznardi, no llegó al sexto número; y «*El Noticiero*», del que no salieron más de dos docenas; y el heredero de este: por nombre, «*La Colonia Patricia*», fundado por el Cronista Don Francisco de Borja Pavón, con Don Luís María Ramírez de las Casas Deza, pero que apesar de contar con tan doctas y ágiles plumas, no vive más allá del número octavo.—Dicho debe quedar también, que varios jóvenes publican «*El Avisador Cordobés*», ya con tendencia noticiera; y como hijuela suya, una «*Revista Literaria*», por los años de 1844; y, que al amparo de la entonces flamante Sociedad «*El Liceo*», nace un periódico del mismo nombre, que vive poco, al igual que le acontece a «*El Dios Momo*», de Don Agustín de Fuentes Horcas; y a «*El Coco*», de Jordano Fuentes; y, que después de tanto intento sin vitalidad y con escaso éxito, al mediar Noviembre de 1850, aparece el «*Diario de Córdoba*», que había de ganar vida próspera y dilatada, fundado como es sabido, por Don Fausto García Tena, y puesto por él en manos de sus hijos los García Lovera.—Por cierto que se instala en el edificio donde había de contar hasta 88 años, en la calle de Azonaicas, vía, donde también, por causa de ser aquél el centro topográfico del núcleo urbano, habrían de domiciliarse más tarde las Redacciones de seis periódicos más: *El Comercio*, *La Lealtad*, *La Provincia*, *El Español*, *El Meridional* y *La Bandera Española*.—Quede estampado aquí también, por mera curiosidad, que algún tiempo después de salir *El Diario*, vino *La Crónica de Córdoba* a rivalizar con él; que son de por entonces, *La Aurora*, *La Alborada* y *El Sereno*; que apenas queda recuerdo de *El Guadalquivir*, *El Betis*, *El Gato*, *La Juventud*, *El Ensayo*, *El Entreacto*, *La Sensitiva* y *El Bombo*.—Este último, era ilustrado y satírico; contenía caricaturas de un excelente dibujante y lo escribían, entre otros, Sánchez Guerra y Barroso en la mocedad; que, *El Andaluz* era el diario más pequeño de tamaño, —formato ridículo por lo reducido— entre los de Córdoba; que, después de la Revolución del 68, un hombre de ideas avanzadas: Don Francisco Leiva y Muñoz, sacó a luz *La Revolución*, *El Progreso*, *La Libertad*, *El Liberal* y *El Derecho*; que, las páginas de la *República Federal* estuvieron

en manos de Don Dámaso Delgado López; y en las de Piédrola, *La Región Andaluza*; que, *El Conservador*, salió en 1872, luchando en él por la causa de la Monarquía, el Barón de Fuente-Quinto; que, *El Cencerro*, lo fundó Don Luís Maraver y Alfaro, y que para contender con él, se publicó *El Tambor*; que hay memoria de otros papeles satíricos y radicales, que fueron: *El Fandango*, *La Víbora*, *El Pagecillo* y *El Lucas Gómez*; que, *La Nave del Estado*, salió redactado por Fernández Ruano, y, por fin: que, el año de 1886, el Jefe de la hueste conservadora, activo y emprendedor Don Ricardo Martel, Conde de Torres Cabrera, aludido ya, funda *La Lealtad*, poniendo a su frente a un literato notabilísimo, venido de fuera: Don Juan Menéndez Pidal, figura ya, entonces, muy destacada entre los periodistas de Madrid. A su lado, hay colaboradores de calidad: Fernández Ruano, el poeta; Pavón y López, el Cronista de Córdoba; Tejón y Marín, el Capitán de Ingenieros, que llegó a Alcaide.

Ya se vé que toda la prensa de la ciudad obedecía a partidos políticos o por lo menos a luchas políticas interiores, reflejo de las de fuera.—Cuando se separa de Cánovas, Romero Robledo, se escinde de «La Lealtad» otro periódico: «El Adalid», en el que los hermanos Enrique y Julio Valdelomar van a destacarse como sostenedores de agrias polémicas; y cuando los de Siivela también se distancian del tronco, aparece «El Defensor» con Navarro Prieto, que antes había escrito «La Lealtad» y que la abandona a la sazón en que este periódico de Torres Cabrera, lugarteniente de Cánovas, se cambia el título por el de «La Monarquía».

Lucha de partidos.—Frente a la Prensa diaria conservadora de Córdoba hubo una Prensa liberal que merece ligera mención. El Marqués de la Vega de Armijo funda aquí, donde tenía amigos políticos, «La Provincia», y pone este diario en manos de su pariente don Pelayo Correa, con quien colabora un averiguador de antigüedades cordobesas: Don Teodomiro Ramírez de Arellano, el autor de los «Paseos por Córdoba».—Vive hasta fines del siglo «La Provincia», y le sucede otro diario al servicio de los liberales: «La Unión», publicada por Don Carlos Matilla, que fué el periódico más y mejor dotado de personal y escrito por los periodistas locales de firma más prestigiosa por entonces: Don Dámaso Angulo, que antes había fundado y dirigido un periódico posibilista «La Voz de Córdoba», Don Miguel José Ruiz, Federico Canalejas y también el novel por aquellas calendas Marcos Rafael Blanco Belmonte.

Otro periódico más en Córdoba, de la cuerda liberal, fué «La

Mañana», diario que fundó Don José Ramón de Hocés y Losada, segundo Duque de Hornachuelos, al heredar de su padre el título nobiliario y la Jefatura política de los liberales en esta provincia.— Con este diario acaba truncada la cronología de los distintos órganos de este partido, para crear en 1911 *Diario Liberal* a la devoción de la rama barrosista, con vida de veinte años, hasta el de 1931, en cuyo mes de Julio deja de publicarse, habiendo estado atribuida su dirección larguísimo tiempo, como sabéis, a don Eduardo Baro.

De todas estas hojas impresas, al entrar en la Edad contemporánea del periodismo local,—ya lo hemos visto—, vive vida próspera (88 años) el «Diario de Córdoba», porque supo apartarse en todo momento de pasiones políticas entre cordobeses.— Le sigue «El Defensor», cuya larga existencia,—pues que cerró un siglo y alcanzó 38 años del siguiente—se debió a su seriedad y a la constancia en el esfuerzo de su Director.—Y «Diario Liberal», que alcanza vejez de cuatro lustros y que se le contó como avisador y como noticiero, más que como político, después de la Dictadura del General Primo de Rivera.

En este marco histórico se encuadra «El Defensor», con su subtítulo de Diario Liberal-Conservador (era el nombre de pila del partido que lo había creado) pero... ¿se puede precisar el momento en que «El Defensor» rompe su envoltura política y sale como diario católico confesional? . .

Si solo se atiende al día de la aparición en su cabecera o en los costadillos de su título grande, de la frase «Diario católico de noticias», sí habría una fecha extrema; pero es que «El Defensor», porque la personalidad de Aguilera le imprimió carácter, fué siempre un diario católico de Córdoba mucho antes de la fecha en que se declaró perteneciente a la confesión religiosa católica, y quiso y procuró, para sus hojas impresas, claridades de Fé y resplandores de Verdad única.

No era «El Defensor» el primer periódico católico de la ciudad, en el orden del tiempo, pero sí era el primer diario, de esta confesión, en manos seglares.—En manos de sacerdotes o inspirados de cerca por sacerdotes, sí hubo cuatro.—Y si me permitierais completar, con noticia de ellos la historia del periodismo local que sucintamente va quedando bosquejada, no dudaría en evocarlos, aunque malgastaseis dos o tres minutos más en escucharme.

La más vieja de estas publicaciones, al menos entre las que conozco y han ocupado mis actividades coleccionistas, fué «*La Tradición*», un periódico de cuatro hojas que salía cuatro veces al

mes,—muy oportuno en su tiempo: Julio de 1869—, escrito mano a mano durante dos años por el sabio y elocuente Magistral González Francés, (cordobés, nacido en Cuenca) y, digo cordobés porque lo fué de corazón; y por Don Rafael Conde y Luque. otro seglar formado en San Pelagio, uno de los pocos seglares doctorado en ciencias Teológicas, que con tal Título, arribó a la Cátedra y al Rectorado de la primera Universidad de España.

Tras de «La Tradición», ponemos jalonado a *El Amigo Católico*, un periódico breve y llano, de mucha sustancia, que en 1877, vivía ya el año IV de su 2.^a época, que salía los jueves, constaba de 16 páginas, defendía los legítimos intereses sociales de Religión, Familia y Propiedad. era órgano de los círculos católicos de obreros de la provincia, se escribía en una casa de la calle de José Rey, se editaba en «La Actividad», y había sido fundado y era dirigido por el propio Magistral González Francés, a quien ayudaban en la tarea cuatro o cinco personas, clérigos en su mayoría: Soriano Barragán, Riera de los Angeles y mi Maestro Cobo Sampedro.—Y, no es esta segunda, la última vez que el nombre de González Francés esplende al tratar de prensa católica en Córdoba; pues que, el *Noticiero Cordobés*, aunque él no llegase a verlo impreso, pudo ser una siempreviva sobre el sepulcro de aquél nombre extraordinario que derrochó su amor a Córdoba, de mil maneras, en toda la segunda mitad del siglo XIX.

El primer periódico católico, *diario*, que corrió por la ciudad, se llamó «*La Verdad*».—Aún guarda el nombre, la imprenta en que se editaba.—Lo fundó en 1893, un cordobés inteligente, sacerdote virtuoso que, al final de sus días, fué Obispo de Plasencia.—Le ayudaban a redactarlo un Catedrático de nuestro Instituto, mi Profesor Díaz Carmona y nuestro compañero de Academia Rodoifo Gil Fernández, que entonces residía aquí.—Yo, que conviví con el Obispo de Plasencia, le oí decir en más de una ocasión, cuando a alguien mostraba su Librería, señalando a los dos tomos en que guardaba coleccionada «*La Verdad*», que nueve meses, tan solo había, alcanzó de vida: «Esos son los dos libros más caros de mí Biblioteca»...

El otro diario católico, que precede al «Defensor» y que con «El Defensor» coexiste, cuando éste, aún era, el portavoz de los conservadores, —pues que ambos se escribían y se imprimían bajo el mismo techo—, es, ya lo adelantamos, «*El Noticiero Cordobés*».—La idea de fundarlo fué del ilustre Magistral tan nombrado.—En sus planes, en relación con el Asilo de la Infancia, iba éste entremezclado: Un

diario católico, con imprenta propia, para ayuda del sostenimiento de las Escuelas-Asilo, con sus productos.—No le alcanzó la vida a verlo publicado.—Lo dirigen sucesivamente, Don Manuel Sánchez Asencio y Don Martín Cherof, uno y otro, venidos de fuera.—Lo toma a su cargo luego, nuestro compañero Don Antonio Ramírez López, y por fin, muere a los dos años de haber nacido, no sin que antes hiciesen grandes esfuerzos y sacrificios por contenerlo, entre otros sacerdotes, el que fué su último Director Don Manuel García Osuna.

Desde aquel día de la desaparición del «Noticiero Cordobés», —13 de Agosto de 1906, rezaba el calendario—, la misión de orientar a los católicos, quedaba reservada para «El Defensor» que pronto iba a perder su tinte político conservador, para dejar como único cuartel de su escudo, el ideal cristiano, y consagrarse a inculcar, en cada uno de sus lectores, sus deberes hacia la Iglesia.

* * *

Recordemos ahora, por unos instantes al periodista Daniel Aguilera *sumergido* en su diario; y digo *sumergido*, porque ese es el verbo que cuadra en la decidida acción de adentrarse, de incrustarse, en una profesión cualquiera consagrando a ella por entero todos los instantes de la existencia, con desdén y aún más: con renuncia de toda otra actividad.—Os lo representareis, absorbido, desde el amanecer, por su oficio, para acertar a darnos cada noche la historia dictada y escrita de todas las horas interesantes de España y de todos los minutos de Córdoba.—A esta tarea, a que se entrega Aguilera, sin perder un instante, cuadra aquella semblanza del periodista que hiciera Castelar, cuando decía: «.....trabaja paciente y »permanentemente, y no como los monjes medievales, en el retiro »y apartamiento de sus celdas, sino en las complicaciones mismas »de los sucesos, de pié, andando, cual un combatiente que escribiese »sin soltar el fusil, sin detener su movimiento, ciego por el polvo »levantado de su andar, y por el humo desprendido de su arma, la »relación misma del combate en que tomara parte».—Así hemos visto a Aguilera, tanto cuando fué repórter, como luego, cuando empuñó las riendas de la Dirección.—Corriendo de un lado a otro, repasando febrilmente la Prensa diaria del resto de España, en una continua orientación indispensable; haciendo milagros con la velocidad del tiempo; atravesando disparado las calles que separaban su casa del

lugar en donde acaecía cualquier hecho de bulto, o algún acto de interés singular; volando, a la central Telefónica—en tiempos—, a recoger las conferencias que le gritaba a todo vapor, por el hilo maravilloso, la voz de la Agencia Mencheta; ejercitando, en toda ocasión propicia, ante las personalidades más altas, una curiosidad incurable, con una mirada escudriñadora, aún más interrogativa que sus labios; volcado sobre su mesa de trabajo traduciendo los garabatos de informaciones recogidas al vuelo; revisándolo todo; comprobando lo más nimio porque no le sorprendiese la insidia; arquitecturándolo todo, sin querer entender jamás los modernos cánones de la división del trabajo...—Así, su diario, llevaba unidad de criterio en todos los ingredientes del número de un día, como en todos los números de los días todos del año.—Si la historia del periodismo provinciano y cordobés aspira a ser veraz, tendrá que decir un día en una síntesis como ésta: «Daniel Aguilera Camacho. Hizo cuarenta años, día tras día, el «Defensor de Córdoba»; y lo hizo desde el cimiento al remate, desde la cabecera al pié de imprenta».

Y no hay en ello hipérbole.—Podría decirse con justeza que él redactó y compuso todos los números de su periódico.—«*Compuso*» he dicho, y dicho queda aquí, aún en la doble acepción literaria y tipográfica del vocablo. (Oh, amargos días de Agosto de 1917, enrarecidos por las luchas sociales, que obligaron a los hermanos Aguilera a componer materialmente «El Defensor». No les faltó mas que pregonarlo o que repartirlo....)

Incansable siemore, este forzado del papel impreso, trabajó en galeras. Poco dormir; mucho pensar; mucho escribir... Aguilera, desde el amanecer de cada día hasta bien entrada la noche, trabajaba sin reposo en una ardiente elaboración, sin más descanso que el que provenía del oreo que daba a su espíritu cada mañana, postrándose ante el Altar; que, en las tareas de Apostolado, el hombre por sí no se basta, y ha de acudir a diario a solicitar ayuda de lo alto...

Siempre encerrado en su Laboratorio, siempre inmerso en la mesa revuelta de aquella Redacción, sin salir de ella hasta la hora en que ya andaba «El Defensor» por las calles, y esto en prórroga de jornada, haciendo personalmente la observación en los espectáculos para darnos, allí mismo, en el propio *Patio de butacas*, si era preciso, pero desde luego en el diario del día siguiente, la crítica orientadora de la obra teatral o cinematográfica presenciada.

Yo le encontré millares de veces en el lapso de doce o catorce años *amarrado al duro banco...*, escribe que te escribe, nerviosa-

mente, sobreexcitado, dando alcance a dos o tres cajistas a un tiempo, inhibido de cuanto le rodeaba, enfrascado en la tarea ímproba...

Y con el mismo interés, cultivando el editorial anónimo que había de iniciar al lector en un determinado tema, que el suceso local decantado, depurado, filtrado, por el discreto entender de este hombre vigilantísimo, que creía y creía bien, que en un periódico nada es antes que la noticia, pero la noticia fina, pulida, enjoyada literariamente, cuidada y mimada..., que en la noticia cabe tanto como en el artículo doctrinal, enzalzar lo ejemplar, velar lo inconveniente y condenar lo vituperable. ¡Oh el noticierismo sano del «Defensor», tan perseguido y tan buscado con afanes exclusivistas por Aguilera y por los que le ayudaron y tan saboreado luego, deleitosamente, por los lectores! ¡Qué lejos va quedando ya!

Todo,—digo—, pasaba por su estrecho tamiz.—La simple nota, el anuncio anodino, era revisado por su mirada talaadrante. De su mano a las cajas, de las cajas, personalmente corregido en una tarea vertiginosa, por apremios crueles del reloj, a la platina y al lector.—Cuando a la noche llegaba la hora febril del ajuste, Daniel, con aire litúrgico, tono y empaque de ceremonia, dirigía, presidía, mejor dicho: realizaba la confección.—Nadie como él para organizar este «fiat» de la creación cotidiana de su «Defensor», que era un pedazo suyo, un hijo suyo, de su inteligencia y de su alma.

Los que hemos rodado por las redacciones y por los talleres donde se fraguan los diarios, sabemos que los periódicos de la mañana alumbran, nacen, entre somnolencias y bostezos; pero los de la noche se echan al mundo en el silencio y en la soledad, no interrumpida sino por el jaleo de los chiquillos vendedores, que aguardan y guardan el primer puesto de salida.—Los redactores cansados, extenuados por la tarea del día, más difícil cien veces que la de la noche, apenas ven el periódico completo, se largan de paseo a reponerse de la fatiga, y... allí queda aquello... atribuido al Regente o al maquinista o al confeccionador pagado o al cajista último en retirarse.—Aguilera no lo entendió nunca así.—Aguilera mimaba a su hijo, el periódico, antes de nacer, cada día, al nacer, y hasia dejarlo andando.—Cuerda en mano, midiendo, disponiendo la confección a su gusto, a su modo, a su estilo, revisando cabeceras, supliendo faltas o retirando sobras, dando la voz de ¡Aíto! al maquinista cuando algún acontecimiento local o nacional, recién captado, merecía porque era de bulto, sacar de los moldes otra noticia menos importante, para poder servir al lector,—dueño y señor del periódico siempre—, la información nueva,

la nueva reciente, como se sirve en bandeja, para agradar, o para sorprender o para halagar, una costosa tempranería, en una mesa bien puesta.—No busquemos a Aguilera a esa hora en el puesto de mando y de observación, sino en el lugar de la maniobra, ante las máquinas, junto a los chivaletes, con el deseo y la vista fija en la victoria que es digna corona de esa batalla diaria, que tiene mucho de táctica guerrera, hasta conseguir el objetivo de la hoja impresa.

* * *

Pocos saben medir los merecimientos que contrae, entre agobios de trabajo y ocupación que nunca se acaba, el periodista que levanta un diario, con su solo esfuerzo, y «a punta de pluma» como solemos decir en nuestro argot, a esta tarea excesiva continuada y sin ayuda. Aguilera, no otra tenía, que la de su hermano, ayer como hoy, periodista militante.—La abrumadora ocupación de un escritor que redacta o edita por su solo impulso un periódico diario, no es para comentada, es para vista o sentida de cerca.—Con su elocuencia gráfica, como ninguna, la midió Don Antonio Maura cuando al definir al periodista en general dijo,

«Con voracidad apremiante exige el Diario la obra del redactor, esté o nó él en vena a la hora precisa.—Pídele juicios improvisados y certeros, informaciones claras y suscintas, despliegues accesibles para el vulgo, sobre los asuntos más complejos y varios».

«Aunque suelen encenderse las pasiones en torno suyo y grandes intereses se remueven y le acechan, éi ha de conservar frío el razonar sin que languidezca su estilo; ha de permanecer independiente, inaccesible a las captaciones que cien egoísmos fraguan para asediarse; ha de perseverar mientras todos mudan; y tener resolución pronta y firme en medio de los perplejos; necesita el don del consejo, que es sazonado fruto de la experiencia, faltándole espacio para la deliberación; en suma: ha de ejercitar éi, a solas, por toda una muchedumbre, cada día, cada hora, las energías mentales, las austeridades éticas y las varoniles excelsitudes del civismo, como quien toma por oficio preceder y guiar en el buen camino a sus conciudadanos y rescatarles del extravío cuando no lograre prevenirlo».

Cuarenta años así, como dijo Maura que deben ser los periodistas, Daniel Aguilera.—Cuarenta años, en que su vida se ciñe a la vida del «Defensor».

Será preciso sacar, entresacar, de tan largos anales, algunas de

las campañas que este diario empeñó.—Con valentía y con firmeza: que «El Defensor» no fué jamás ni medroso ni hipócrita; y cuando algo le pareció dañoso o nocivo, no aguardó a saber si le gustaría o nó a sus lectores, sino que siempre previno los peligros, adelantándose.

.....

Un día, combate Aguilera a unos anarquizantes (recién entrado él en el periodismo) porque en un mitin celebrado en el antiguo Moratín habían injuriado al Ejército y a la Guardia Civil, y de su noble actitud de español y de antiguo soldado le sobrevino, por paradoja, una denuncia que le puso a dos dedos del auto de procesamiento, mientras a los oradores no se les fué a la mano.

Otro día, van sus diatribas dirigidas contra *el juego*, y la autoridad, que no lo había impedido, se irrita contra el articulista.

La enumeración de las batallas que empeñó este periodista y su diario nos entretendrían demasiado.—Sólo unos minutos os pido para recordaros que «El Defensor» no dejó nunca pasar en silencio ocasión en que se atentara por los Gobiernos de antaño, contra los sentimientos religiosos del pueblo cordobés, ni de sacar su espada contra los que quisieron acabar con nuestras tradiciones, ni de protestar abierta y noblemente ante lo que estimó perjudicial para España y para la ciudad.

Lanzó sus dardos sobre un Gobierno que concedió ciertos beneficios a la posición inglesa de Gibraltar; se declaró valientemente germanófilo llegada que fué la conflagración del 14 al 18; batalló contra el *matrimonio civil* y contra *el duelo*, y contra *la escuela laica*, y frente al *anticlericalismo* y a la *Ley de Asociaciones* y a toda la legislación liberal que con la Religión se rozara.

Siempre dispuesto y vigilante, arma al brazo, defendió los intereses religiosos, morales y materiales de la comarca y lo mismo abogaba con tesón por la obra del ferrocarril de Puertollano que acortaba a cinco horas el itinerario Córdoba-Madrid, o punzaba a la modificación de vergonzosas realidades como la pésima línea de Belmez o la indecorosa estación de Cercadilla .., que levantaba sus clamores por si pudieran oirse en el Ministerio de la Guerra y alargar la residencia en Córdoba de Regimientos o unidades del Ejército, que aquí habían encontrado larga y amable hospitalidad.

Unas veces, sus empeños tienden a la implantación o a la mejora de tales o cuales servicios públicos: Teléfonos, Correos, Telégrafos, etcétera—siempre laborando por una Córdoba mejor—, y otras

veces gasta sus energías en defensa del saneamiento de las costumbres y lanza venablos contra el cine inmoral y contra las desnudeces en la calle.—Él, censura más de 3.000 películas y publica valiente su opinión, que recogía con sumo interés todo el que tuvo la responsabilidad de educar y de prevenir lo nocivo a la juventud.—Otras veces rompió lanzas contra la blasfemia y contra las suciedades del lenguaje en el arroyo o contra el piroppo desvergonzado...

Y, en las cosas de puro contenido cordobés, ¿A qué decir del esfuerzo de Aguilera lo que todos hemos presenciado?... Se incendió la Ermita del Campo de la Verdad en la Primavera del 1915, y «El Defensor» y su director, pidiendo la ayuda de todos, pusieron tal interés en el empeño que, a poco, el edificio estaba reparado y sustituido con ventaja, cuanto en él había perecido antes.

Ascendieron a la dignidad episcopal dos sacerdotes beneméritos de Córdoba, uno en 1913 y otro en 1918, y fué «El Defensor» quien dió cauce a las iniciativas desbordadas, para honrarles con sendas ofrendas simbólicas.

Sufrió daños el pueblo de Montilla, por un fenómeno sísmico, y son igualmente las planas del «Defensor» bandejas de plata en donde cae el óbolo de cuantos compadecen a los damnificados.

Y, así, el empeño de cooperación al Monumento del Cerro de los Angeles en 1916; y así, la ayuda espléndida de los lectores del «Defensor» a la restauración del templo de orillas del Ebro, que amenazaba ruina y que bien merecía, que cada español bautizado, de los que saben bendecir la hora en que vino allí María Santísima, diera una piedra o un grano de arena para la consolidación de la españolísima Basílica.

Y, cuando la República, llevada de su laicismo rabioso, pretendió raer todo lo que olía a católico en las tradiciones cordobesas, y el Ayuntamiento suprimió fiestas religiosas votivas que tenían raigambre de siglos y de juramentos, y abandonó la costumbre de acudir corporativamente a ellas y de costearlas, fué Daniel Aguilera y sus lectores, quienes salvaron aquel corte de la historia y quienes aunando sus voluntades suplieron brillantemente y sostuvieron enhiesto, lo que la representación legal de la Ciudad, había querido derrocar.

Y cuando las guerras de Marruecos, y últimamente la de España, al probar la capacidad hospitalaria de Córdoba, probaron también el tono efusivo de los corazones de los cordobeses, este hombre, con solera de español y castrense, gastó actividades incalculables en

agasajar, en obsequiar a los soldados enfermos o heridos, en promover generosidades de sus lectores, en acudir a diario personalmente donde los soldados estaban o a los caminos por donde pasaran, para brindarles el obsequio y la palabra amiga...

¡Cuarenta años así!

Aún le ha quedado tiempo para producir libros interesantes, en un segundo ciclo que empieza en su novela «Psiquis» escrita en colaboración con otro periodista: Constantino Cabal y acaba en las poesías que con el título: «Loores a María» compone Aguilera en 1938 —De este segundo ciclo son: su folleto: «*Una campaña periodística por la Iglesia y por el clero*», que saca a luz en 1918; y el libro de poesías «*Horas Místicas*», escrito en 1920; y la Memoria que presenta a la Asamblea Toledana de la Prensa en 1924 y que intitula «*La Prensa católica y algunas de sus necesidades*».—De entonces son también tres volúmenes suyos: el que recoge sus artículos con motivo de la Peregrinación Osio a Roma, publicado en 1925 bajo el epígrafe «*Impresiones de un peregrino*», y el libro de viajes sacado a luz en 1926 «*De mis excursiones.-Granada-Málaga-Zaragoza y Toledo*»; y el que, con fines de asesoramiento sobre la moralidad de los espectáculos en nuestras salas, lanza bajo el epígrafe «*Más de cinco lustros de Teatro*», y que, al igual que «*Plumadas*», salen al público en 1927.

No es posible alargar más estas palabras (que de discurso académico nada podían tener, siendo yo el que lo hace), ni había de entreteneros ponderando, uno a uno, el valor de estos libros, que consiguieron dar mayor permanencia a lo escrito a diario en la hoja caduca del «Defensor», o en otras publicaciones, o que por primera vez se dieron a gustar a los lectores; pero baste decir que alguno de ellos, «*Impresiones de un peregrino*», mereció para su autor un homenaje que nadie ha merecido antes ni después que Daniel Aguilera: Que sus amigos y sus admiradores reuniésemos en otro libro que luego se tituló «Florilegio» las cartas y los artículos que a propósito de aquellas Crónicas en que Aguilera iba plasmando el recuerdo de la Peregrinación Osio, se escribieron o publicaron.—Durán de Veilla inició la corriente y Miguel Peñafior—el escritor de gran nombradía y autoridad—, dijo entonces, y a cuento del homenaje, que «Aguilera es un periodista completo, que todo sabe hacerlo y que todo lo hace bien».

Junto al comentario de su actuación periodística, al lado de la lista de los volúmenes que ha publicado, hay que anotar como mereci-

mientos añadidos, amén de otros que pasan en silencio, que Aguilera, llevado de su devoción Mariana, dotó a Córdoba de una buena Revista bastantes años viva, y que del primer número al último hizo en sus páginas un canto filial amorosísimo a la Madre celestial.

«El Cruzado de la Prensa» fué también publicación suya, hijuela de «El Defensor», hecha por su exclusiva iniciativa y esfuerzo.

*
**

Un escritor francés trazaba el programa de un diario católico para su país, diciendo que había que procurar que fuese: rico, completo, copioso, documentado, imparcial, demócrata y social.

Completo, copioso, documentado e imparcial, sí que lo fué «El Defensor de Córdoba».—Lo que no fué nunca es rico.—Y no ha sido rico porque ni sus campañas fueron al mayor postor ni recibió ayuda estimable de los católicos obligados a prestársela, ni obtuvo siquiera ganancias legítimas.—Tampoco fué, por fortuna suya, lo que llamaba Don Antolín López Peláez, aquel famoso Obispo de Jaca, entonces, *un periódico-mendigo*, que se sostuviese de limosnas, como una obra de beneficencia, ni menos el *periódico-negocio*, que hace de sus hojas lucrativa empresa mercantil.

Y, sin embargo, yo estoy seguro de que «El Defensor» ha asegurado a quien lo escribía el ciento por uno.—Me explicaré:

Cuando los demás nos presentemos con las manos vacías en la presencia de Dios-Juzgador, el periodista que tantos años ha luchado sin vacilación divulgando las verdades de la Fé; el que puede presentar realizada una labor apostólica y misionera; el que ha acercado la luz a muchos que no estudiaron nuestra Religión ni la practicaron sino en lo externo; el que ha puesto el consejo moral al alcance de los que no pisan el templo ni oyen palabras de vida eterna; el que, de un lado, no halló las cooperaciones generosas que todo católico viene obligado a prestar al periódico que defiende las creencias que él profesa; y en cambio sí cosechó amargas y contrariedades que se prolongaron más allá de la vida de su diario..., ese, merece recompensa de lo alto, y la recibirá crecidísima y eternal...

¡Cuarenta años de vida de Letras!

Hubo en el cierre de ese largo período, un momento de dolor inenarrable: el 30 de Septiembre de 1938, día de la muerte de «El Defensor».

La muerte de un periódico, suele ser el final de una vida difícil,

lánguida y precaria.—Mas, «El Defensor» no moría así.—Moría sacrificado, pero no enfermo.

Y este sacrificio, costó a quien se vió en el trance durísimo de consumarlo, salud y dolor.

Desde entonces, desde aquel día heroico, el periodista cansado de trabajos y de sedentarismo tan prolongado, se ha visto, contra su voluntad y contra su costumbre, forzado a poner en su labor una trégua, que él mismo no sabe, si será corta o será larga o será eterna...

En este momento de su detención, frente al porvenir, la Academia le invita a descansar, le ofrece un puesto en sus filas, para que el fatigado caminante repose y contemple despacio el camino recorrido.

¿Recobrará en esta trégua, el poeta sus derechos?...

¿Renacerá el autor de Teatro?..

¿Habrá ocasión para que reanude su actividad el periodista?...

La Academia, así lo desea.

Espera, de Daniel Aguilera la Academia, que así como ha pasado 40 años al frente de una muchedumbre, —la de sus lectores—, y ha pensado por ella en innumerables ocasiones; prodigado el dón de consejo, y le ha dedicado su tiempo y sus energías por entero, se consagre ahora a las tareas literarias de esta Corporación en cuerpo y alma, siquiera mientras dure su apartamiento de la Prensa.—Confía la Academia, en que el crítico no enfundará el instrumental de su disección para la producción ajena; en que el escritor le brindará cada curso los trabajos que espontáneamente produzca, o que la Corporación motivadamente le encargue; que nos ilustrará con sus informes sobre libros que vengan a buscar sana opinión a nuestra mesa de trabajo; que nos ayudará Daniel Aguilera, en cada sábado, en la quieta paz del lugar donde celebramos nuestras sesiones; que nos enseñará en el orden periodístico —y ojalá que desde un puesto en el Consejo de redacción que yo pido ahora mismo para él en nuestro Boletín, fé de vida del Cuerpo Académico, lo que la experiencia le ha enseñado en esos nueve lustros contados de escritor público.

La Academia, desea también, lo anhela, recogiendo el sentir de una pluralidad, dispersa, pero existente en la Ciudad, que el periodista no se enerve en su descanso, y que un día tenga ella, tengamos todos, la satisfacción cumplida de ver, cómo un grupo de buenos conciudadanos, se acerca al *periodista-académico* para ofrecerle los planes de un nuevo diario cordobés y confesional, o del mismo «Defensor» redivivo, diciéndole aquella misma divina palabra imperativa: SURGE, ET AMBULA. Así sea.